



# Capítulo 1

## LA SUERTE Y LOS VALORES

"Sentado en su trono el destino se mofa  
empapando su esponja de amarga hiel"

Si mi padre no hubiera fallecido, hoy día 22 de mayo tendría 100 años. En su memoria quiero publicar algo escrito por él, amante de la literatura, gran futbolista (jugó en el Atlético Aviación, hoy Atlético de Madrid), magnífico orador, corresponsal deportivo, articulista y autor de varios libros. Era un verdadero hombre del renacimiento: además dibujaba de fábula y era una persona íntegra y honrada. Yo tuve la suerte de ser su hijo.

Pero lo que lo hace especial, desde mi punto de vista sesgado por el amor y la admiración que siempre le profesaba, es que apenas fue dos años al colegio. No tenía ni el certificado de escolaridad. Sus defectos eran obviados por mí, pero era sanguíneo, visceral y no soportaba la injusticia. Cuando montaba en cólera, era verdaderamente indomable.

Mis primeros recuerdos consisten en libros, libros y más libros. Los quería, los cuidaba, los limpiaba y los leía con método y siguiendo unas pautas (pues era metódico y ordenado hasta la exageración) que hoy día me las explico porque un día por casualidad, descubrí un pequeño librito en el cual anotaba sus volúmenes y sus lecturas. Gracias a él hoy tengo una biblioteca de más de seis mil volúmenes. Con diez añitos comencé a leer a Gogol y Turgeniev, y mi padre me preguntaba si no me gustaba más Julio Verne o Emilio Salgari. Ya los había leído antes y prefería a los melancólicos rusos y sus historias deprimentes, porque me enseñaban valores como la honradez, la empatía y la poderosa fuerza de la compasión frente a los soberbios y dichosos héroes de los libros de aventuras.

Hace un par de días descubrí unas cartas celosamente guardadas en un "secretaire" de un viejo mueble de casa. Estaban escritas en italiano (él dominaba el italiano y el alemán) y las firmaba un tal Bosco Salvatore. En ellas hablaban de la guerra, ya que ambos coincidieron en retaguardia durante parte de la guerra civil de 1936. "Il mio buono amico Laureano" comenzaban todas, pero en una, el tal Salvatore afirmaba: "Mussolini vació las cárceles y envió a los presos a la guerra de España, a cambio de dinero. Como decía Napoleón, "la guerra tiene tres motivos: dinero, dinero y dinero" y en la guerra aprendes que el dinero y la guerra son las dos caras de la misma moneda". Y seguía: "las brigadas internacionales eran sinceros e idealistas, pero anarquistas. Los italianos eran ignorantes y

cobardes, pero fascistas". ¿se puede ser más claro?

Yo crecí a la alargada sombra de su persona y de la admiración que todos le profesaban. Defendía la justicia social, y poseía un sentido crítico abrumador.

Pero incluso hoy existen dos cosas que no llego a comprender. Era un cristiano de misa diaria y fue falangista (fascista) gran parte de su vida. Pero a mí me educó en libertad y creyó siempre en mí. Nunca olvidaré sus consejos y la facultad visionaria que poseía.

Hay una anécdota que ilustra bastante bien lo que él era y también sus defectos. Ocurrió que durante un partido de fútbol jugado en La Palma del Condado, el árbitro sufrió un tremendo palizón por parte de un boxeador retirado que estaba siempre borracho y que era del pueblo. El colegiado levantó acta sobre lo sucedido y acto seguido sufrió un desmayo y tuvo que ser hospitalizado. El comité regional de la FEF castigó a La Palma FC con diez partidos de cierre de estadio, una multa de 150.000 pesetas (como cien sueldos de la época) y encarceló al agresor. Pero ocurrió algo que hizo que mi padre, que no aceptaba la violencia, cambiara de opinión y se prestara a hacer algo que todo el pueblo recuerda y que forma parte de la historia del municipio. Resultó que el boxeador, que nunca tenía dinero, ese día lucía una "tajada" espectacular, y encima llevaba mucho dinero. Eso fue anotado por la Guardia Civil en la denuncia. Mi padre sospechó algo turbio, y comenzó a investigar. Movié unos hilos, hizo sus pesquisas y demostró que todo había sido un montaje. El partido era un derby local, contra el Bollullos CF (que en aquella época se llamaba "Educación y Descanso Balompié") y alguien había pagado generosamente a "Anchoa" el boxeador para que el partido se suspendiera si La Palma iba ganando cerca del final (cosa extraña que un exaltado haga eso con su equipo ganando a pocos minutos del final) y entonces "Anchoa" saltó a la cancha y golpeó brutalmente al árbitro. El presidente de La Palma FC estaba desesperado con la sanción y mi padre se ofreció a solucionar el problema. Urdió un plan y falsificó el acta del partido imitando la firma del árbitro con una exactitud que hizo que el propio árbitro dijera que la firma era suya pero que el contenido no era el que él había escrito. El Juez le preguntaba ¿Es suya la firma?

- Sí, la firma sí, pero no es lo que ocurrió ni yo relaté en el acta.
- Pero la firma es suya, no?
- Sin duda - decía el colegiado.
- Pues entonces el acta es válida. Recuerde que usted se desmayó....

Y coló. Todos quedaron agradecidos y mi padre, una leyenda, se hizo héroe legendario. Y tengo que decir, que él jamás me contó eso. Me

enteré cuando varios cohetáneos me contaron el caso. Mi padre no quería que yo supiese eso porque era sabedor de la gran admiración que yo sentía por él. Y pienso yo que eso de dar ejemplo a su hijo pesaba más que nada.

Y cierro esta semblanza con dos escritos suyos, uno publicado en una revista de Huelva y otro sobre sus vivencias en la segunda guerra mundial, en la cual estuvo como Alférez del Servicio de contraespionaje del Gobierno Militar de Madrid. Ese cargo le valió para que nunca pudiera poner un pié en la Unión Soviética so pena de Gulag o algo peor, ya que desenmascaró a un espía hispano-soviético que estaba infiltrado en el mismo servicio, y lo hizo gracias a sus conocimientos de morse. El espía golpeaba en morse la mesa cuando hablaba por teléfono y él comprendía los mensajes encriptados. En uno de ellos comunicaba a otro una orden de sabotaje en la mina de Mercurio de Almadén. Pudo evitar la masacre, ya que la intención era acabar con las ventas de metales a Alemania y Italia volando la mina. Tuvo una distinción militar y una paga de seis pesetas que jamás cobró porque la donaba a Unicef.

Y he aquí un escrito suyo, fechado en Madrid en 1944.

### **¡PERDON!**

¡Qué soledad la de un cementerio! Alineados en filas interminables, vemos los sepulcros que nos hablan de pasados tristes y gloriosos. Aquí una cruz raída, e inclinada por el tiempo, junto a unas flores, con más espinas que flores, cubre sin duda lo que fue un ser desgraciado. Junto a ella un mausoleo gigante, grabado con letras de bronce, con una enorme loza de mármol blanco y limpio, que nos habla de un aristocrático personaje. Pero sin duda fue devorado por los mimos gusanos que el desgraciado.

Allá vemos los cipreses balancearse tristemente, como al son de una música macabra y apenas perceptible. Un denso follaje cubre el suelo por donde se arrastra una serpiente. Los pájaros atraviesan aquel lugar sombrío sin pararse, sin posarse en los cipreses, como esquivando aquel triste rincón, precavidos ante tan sombrío lugar.

Se oyen los golpes secos del azadón del enterrador; a un ritmo acompasado, provocando un lúgubre eco en aquel lugar desolado. Es un hombre de rostro largo, tostado por el sol; sus manos, gigantes y fuertes, de largos dedos y su cuerpo, alto y desgarrado, de caminar simiesco, le dan un aire de fantástico ser mitológico.

Junto a una modesta lápida, cuyas letras el tiempo ha borrado, hay un hombre arrodillado, que musita una oración, fijos los ojos en ella, como escudriñando su interior. Tal vez reposen allí los restos de una mujer que

durante muchos años fue su compañera.

Al fondo, una pequeña capilla. En su interior y en su único altar, un cristo crucificado. Cuatro velas alumbran eternamente el sagrado recinto. A la izquierda, una imagen de la virgen, eleva su mirada a su hijo crucificado.

Salgo del pequeño recinto, y las sombras del atardecer comienzan a extenderse; parece que allí, en aquella triste mansión de los muertos, se hace de noche más pronto. El cielo se cubre de nubes plomizas y cae una lluvia casi imperceptible.

Ya no suena el triste eco que provocaba la azada de aquel sepulturero; junto al nicho ya no está la figura arrodillada del que musitaba la oración. Ahora, un viento huracanado sopla con fuerza y los cipreses ya no se mueven levemente, sino con desesperados balanceos. Los pájaros están en sus nidos, ya no vuelan entre los árboles.

La noche, ha caído y ha envuelto en tinieblas aquel lugar. El viento y la lluvia han arreciado y hasta las cuatro velas de la capilla han dejado de alumbrar al crucificado. Pero un relámpago ilumina de repente el rostro del hijo de Dios. Que ahora parece haber abierto los ojos y como elevados al cielo, entre el huracanado viento, parecen oírse sus palabras: ipadre, perdónalos, porque no saben lo que hacen!

*(Escrito por Laureano Ramírez Rodríguez, mi padre, y fecha do en Madrid a 26 de mayo de 1944. Estaba acuartelado en plena II Guerra Mundial y tenía 23 años. Imagino cómo debía ser su estado anímico en aquellos tiempos de muerte y devastación. He encontrado un librito con reflexiones y relatos de este tipo y todos ellos están impregnados de tristeza y pesimismo. Era la Guerra).*

## **LA GUERRA**

Otro relato de mi padre, escrito en plena guerra mundial lleno de pesimismo y presidido por la espantosa confrontación.

"He buscado por la vida la hermandad de los hombres; y la busqué sin cesar, repasando la historia de los pueblos, buscando algún acto de amor entre ellos que pudiera servir de ejemplo al mundo, para que comprendiera su equivocación; busqué incluso dentro de mí, de mi mente, de mi espíritu, como queriendo profetizar acontecimientos de paz eterna, que sostuvieran un futuro deseable para todos. Mas tuve que desistir del empeño.

La negra nube de la guerra, o tal vez de un color horrible, desconocido para nuestros ojos, se agrandaba ante mi vista, ante mis pensamientos. Incluso ví como aquella nube desafiaba al mismo universo, derramando su

fuego por doquier. Y sabía que no soñaba, que era la triste realidad.

Miré entonces un crucifijo que tenía enfrente, y le miré a los ojos. Seguían impassibles ante aquel horror. Escudriñé su rostro, creyendo encontrar la bondad que escucharía mis súplicas, pero seguía igualmente tranquilo y sosegado.

Y entonces seguí buscando las causas de tanta barbaridad y horror,; causas que justificasen aquellos ríos de sangre, esas inmensas montañas de cadáveres, esas ciudades convertidas en ruinas. ¿tal vez esos que morían luchando me darían las respuestas? ¿esos mismos que eran abatidos o morían de hambre y frío luchando contra un demonio llamado "comunismo" al que nunca conocieron, y que al parecer había brotado de la nada en aquellos tiempos?

Presencí los horribles estragos de las armas modernas contra las viejas artes bélicas de la humanidad. Comprendí cuán insignificantes eran las personas ante esos monstruos de acero y que escupían fuego. Todos creían que eran inventos del diablo, porque eso nos habían hecho creer.

Y entonces pisé el campo de batalla. A cada paso, un cráneo, un cadáver putrefacto, un casco perforado o un rifle abandonado envueltos por el silencio, por la calma que sigue a la tempestad. Ya no se escuchaba el estruendo de la guerra, pero los restos indicaban que allí se luchó por no se sabe qué justicia, pues cada cual tenía la suya y la pregonaba como única y cierta, olvidando quizá la Ley de Dios.

Llanuras, antes praderas, secas y sin verdor; palacios antaño esplendorosos, y ahora ruínas y devastación y cual testigos mudos, las trincheras, repletas de pestilentes cadáveres, guardando un sepulcral silencio.

Toda la naturaleza, toda la obra de Dios, todo lo construido por el hombre, estaba despojado de su hermosura, demostrando los tristes y horribles sucesos. Evidenciando la incomprensible rabia, el infinito odio de los hombres, aquella visión dantesca no me desanimó, y yo seguí buscando la hermandad, ahora entre la sangre derramada, entre las ruinas y entre la carne putrefacta.

Deseé que al contemplar aquello, la nobleza y la hermandad renacerían y que los deseos de paz se impondrían a las arengas de odio, y que todo aquello quedaría sepultado para toda la eternidad. Que aquella sangre derramada tal vez serviría para algo.

E imaginé un mundo nuevo, con los rayos del nuevo sol como faro que nos guiaría hacia una existencia libre del horror del mal encarnado. Y quise vislumbrar el final de la guerra, ver el abrazo entre los enemigos y emocionarme con sus fuerzas unidas para lograr que al fin, la guerra se

trocarse en una paz eterna. Creí ver lágrimas de arrepentimiento y de emoción en sus ojos, declararse un amor sincero, cual hermanos, como hijos de Dios.

Pero no ... todo seguía igual que pude contemplarlo en mis pensamientos. Sentado en mi camastro revuelto, tras noches de guardia y de pesadillas dantescas, viendo a compañeros amputados, pero contentos por haber regresado de la guerra vivos, mutilados pero vivos. Y en sus palabras siempre el odio, la venganza, el deseo de volver a las trincheras y arrasar a los enemigos. Solo había resentimiento, deseos de venganza, odio furioso y entonces comprendí que no había más que quimeras en mi cabeza. Que la vida seguía tal y cual era, descarnada y cruel, indigna de criaturas hechas por la mano divina. Una nueva lección de ingratitud entre los hombres, cuya falsedad seguía intacta a pesar del horror, de las vidas cercenadas, de la sangre derramada. E incluso pude ver aquella nube, de indeterminado pero horroroso color, hacerse más y más densa y arremeter contra el universo, convertida ahora en una masa informe y poderosa.

Y volví mi vista otra vez al crucifijo, y miré de nuevo los ojos de Dios y tenía la misma expresión. Estaba tranquilo mientras los hombres nos debatíamos con ferocidad, sin objetivos veraces, dignos, por los que dar la vida. Todos luchábamos por motivos ignorados y confusos, pues era también la confusión un arma de guerra. Recordé la Torre de Babel, y no pude más que pensar que era una metáfora bíblica de aquella guerra.

Y seguí buscando la paz, aunque ya solo fuera la palabra, pero el tiempo la había borrado del libro de la vida".

Madrid, 19 junio 1944.

In memoriam Laureano Ramírez Rodríguez.